

Verdaderas batallas



Kenshinkan dôjô 2022

Verdaderas batallas

Muchas veces el *dôjô* es un espacio cálido donde uno puede hablar, con voz firme, acerca de cosas que en la vida real no son sino quimeras. Las verdaderas batallas están situadas más allá de la puerta de entrada y, en el mejor de los casos, la práctica de un Arte Marcial puede ayudarnos para acometer con mejores resultados los embates que nos depara la existencia, esos que son, verdaderamente, combates reales.

Asistíamos a un *gasshuku* de Karate tradicional. Disfrutábamos de la práctica del *kata* y estudiábamos con ahínco todas las variables que el *sensei* proponía, que no eran pocas. En efecto, *bunkai* y *ôyô bunkai* se sucedían y la exigencia del maestro iba a más. No había tregua, trataba de sacar lo mejor de nosotros. Y lo conseguía. Todos los allí presentes, cansados, doloridos, extenuados por las repeticiones y las horas de trabajo acumuladas, dábamos lo mejor que teníamos sin excepción, pero ya intuíamos nuestros límites y las fuerzas flaqueaban.

Uno de mis acompañantes pidió permiso para detenerse, pues consideraba que había llegado al final. Ante tal petición, el *sensei* detuvo el *keiko* y, aprovechando la coyuntura, hizo un alegato acerca de las virtudes del Karate, destacando la necesidad de fortalecer la voluntad, superar las barreras mentales que nos impiden ir más allá de nuestros límites, mantener el estado de atención pese a las dificultades, y otros aspectos determinantes para la práctica. Después, mirando fijamente a mi amigo, le exigió continuar, pese a sus reticencias.

Por mi parte, y durante muchos años en mis clases, he hecho mención a la experiencia que mis propios alumnos tienen en sus diferentes campos profesionales. La precisión de un cirujano vascular, la atención que unos padres mantienen cuando sus hijos pequeños juegan, cruzan una calle o estudian, la inquebrantable voluntad con la que un obrero acomete cada jornada laboral, el amor de un artista por la obra que representa, todas estas circunstancias, y muchas otras, son determinantes para que los juicios de valor que puedan emitirse desde un estrado estén siempre muy medidos.

De entre todos estos recursos humanos he tenido siempre en cuenta uno, especialmente, precisamente el de aquel a quien el *sensei* exigiera más voluntad, más atención, mejor actitud.

Sí.

Los verdaderos combates son siempre los que libramos en el transcurso de la vida. Salvar vidas durante décadas, recuperar ahogados de las pozas de los

ríos, bajar al fondo de los pantanos cenagosos para traer a superficie cuerpos sin vida y entregarlos a sus seres queridos, luchar contra corrientes de mar para rescatar náufragos, exige una gran dosis de voluntad, mucha atención y una actitud pocas veces vista en el interior de un cálido *dôjô*.

2

La imagen y lo real

Decían de él que llevaba escrita en sus genes la historia de sus antepasados: aquellos guerreros mongoles que, a golpe de espada, construyeron el mayor imperio conocido. Nosotros, ávidos por depositar nuestra confianza en un ideal, determinados a pensar que para llegar a ser un hombre valiente era necesario sostener un sable en las manos, no hacíamos sino admirar aquel descendiente de las hordas bárbaras, las mismas que transitaban libres a lomos de caballo por ese inmenso corredor que une Asia Central con Europa, sin encontrar alma alguna capaz de frenar sus ansias de conquista.

Nuestro admirado espadachín, un joven de ascendencia extremo oriental nacido en Francia, tan diestro con las armas como impecable en su aspecto personal, formas y modales, no hacía sino recibir de buen grado cuantos comentarios pudieran verse en relación a la estirpe de la cual procedía y, desde luego, a su habilidad con la espada, ambas cosas sintonizadas, según se afirmaba en los círculos.

En efecto, unos y otros, profesores y alumnos, ocasionales visitantes y transeúntes curiosos, no podían más que admirar su porte decidido, su mirada oblicua y profunda, sus gritos desgarradores, todo ello, desde luego, más auténtico, potente, veraz, intimidatorio, directo y eficaz que los de cualquier otro.

Y así fue, hasta la finalización de aquel memorable encuentro.

Transcurrido un año, volví a coincidir con este compañero de entrenamiento, aunque las circunstancias eran entonces muy distintas. Viajaba yo por el sur de la India, donde las condiciones de vida son siempre adversas y el día a día resulta siempre incómodo para el viajero. Había ido a visitar una comunidad en Karnataka. El lugar estaba bien acondicionado, si lo comparamos con lo que se puede observar en las calles del país. Los occidentales que allí nos alojábamos disfrutábamos de unas mínimas condiciones de higiene, de una seguridad garantizada y de la compañía de personas afines. No obstante, siempre había quien no se adaptaba a las exigencias de estos viajes: dormir en el suelo, aguantar el calor sofocante del verano, la comida picante. Encontré entre estos casos a varios ancianos, que se sintieron obligados a

cambiar de residencia por necesitar de una cama. Otros, debido a sus problemas médicos, marcharon a la ciudad para asistir al hospital y tratarse de alguna indisposición. La inmensa mayoría permanecía con el ánimo alto por tener cerca a quien consideraban su maestro. Me llevé una sorpresa mayúscula cuando encontré, en medio de un grupo de residentes tratando de consolar a dos jóvenes compungidos, a nuestro amigo con ADN mongol. Aquel joven guerrero -cabello hasta los hombros, mirada felina y ademanes de jinete nómada- se había convertido en niño asustado y sepultado por consideraciones menores: necesidad de compartir baño y habitación, almuerzo frugal vegetariano, mosquitos nocturnos, etcétera. A punto del sollozo, había tomado una decisión: “*Regreso a mi país, esto es inaguantable*”. Terminó diciendo.

Y se marchó, llevándose consigo toda la carga genética de sus antepasados mongoles.

3

Prejuicios en el aprendizaje

Cada mañana llegaba temprano al primer *keiko*. A esa hora se sentía fresco y sus energías le desbordaban. En tales condiciones, las capacidades de aprender se multiplicaban, porque todo confluía para que tal hecho aconteciera de manera natural: descanso apropiado, alimentación saludable y, tal vez, lo más importante: sentir que estaba viviendo un sueño largamente deseado.

En las sesiones matinales él era el único alumno. En ellas se sucedían las repeticiones detalladas de los katas, se investigaban los sutiles e imperceptibles movimientos que a menudo pasan desapercibidos y conforman la esencia de los ejercicios, se estudiaban la fisiología y la anatomía, para que el trabajo tuviera sentido como herramienta de salud, se hablaba de actitud, control, sensación, energía, transmisión, dando al Karate esa profunda dimensión que tiene como arte. Por último, se ponía énfasis en la necesidad de estar abierto, siempre, al hecho del aprender, un axioma que, además, estaba escrito en grandes *kanji* en el *shomen* del viejo *dôjô*.

El *sensei* que comandaba aquella escuela era una autoridad en la materia que transmitía. Nadie discutía tal cosa, y menos él, que había cruzado medio mundo para estudiar junto a aquel destacado maestro. No obstante, había llegado con los deberes hechos, era un hombre de edad avanzada con muchos años de práctica detrás de sí. Hacía cuarenta que practicaba *kobujutsu* y aquel kata de *bo*, que con dificultad observaba practicar al maestro en sus ratos libres, siempre fue uno de sus favoritos. Deseaba interrumpirle,

ayudarle en su ejecución, pero, al parecer, cuarenta años de experiencia no eran suficientes para que aquel accediera a dejarse enseñar. Su anfitrión pensaría que no era aceptable que alguien llegado desde tan lejos para aprender junto a él pudiera enseñarle algo que él debería conocer. Seguiría con su rutina, un ejercicio que consistía, básicamente, en abrir un libro, dejarlo sobre la mesa, e ir dando forma a aquel conjunto de técnicas casi imposible. Cualquiera cosa, incluso la equivocación o la duda, antes que pedir ayuda a su estudiante. Pensaría.

Pasaron los días, las semanas, y llegó el momento de regresar y decir adiós. El estudiante había aprovechado bien su estancia, llevaba consigo un trabajo extraordinario para desarrollar, numerosas correcciones e ideas que harían evolucionar su Karate. Se sentía agradecido a su maestro y así se lo expresó, con franqueza y sinceridad. El maestro volvió a insistirle en todos los aspectos que habían trabajado durante la práctica, le recordó la importancia de ser precisos a la hora de ejecutar y transmitir el Karate, la necesidad de observarlo como un arte integral, la obligación de atender tanto a los aspectos físicos como los mentales y espirituales y, finalmente, la obligación de estar dispuestos al aprendizaje.

Después, en soledad, regresó a sus ímprobos intentos por descifrar aquel kata de *Bo*, que se resistía a mostrarle sus más íntimos secretos a través de unas fotografías en blanco y negro.

4

Contra la barbarie

Nos preguntamos con frecuencia cómo es posible que en un lugar dónde nació la filosofía, dónde la Ilustración doblegó a la ignorancia, dónde se desterró definitivamente la superstición, dónde se superaron los prejuicios que daban el poder a estamentos autoritarios que oprimían la libertad de los ciudadanos, dónde nacieron escritores, músicos, pintores o exploradores que legaron tanto talento, belleza, clarividencia, se hayan producido algunas de las guerras más violentas que la humanidad ha sufrido.

¿Acaso no eran suficientes la filosofía, la historia, la literatura o la ciencia, para hacernos comprender de una vez y para siempre cuál era el camino a seguir y erradicar definitivamente la violencia como forma de solucionar nuestros problemas? A la vista está que no. Cultivar el conocimiento y desarrollar la tecnología para alcanzar tan noble propósito ha resultado. A pesar de los avances conseguidos en todos estos campos del saber, aún persiste en nosotros la barbarie.

No es posible este salto cualitativo al que aspiramos si el progreso se limita a la adquisición de conocimientos, olvidando que no somos solo racionalidad, sino, además, seres sensibles, empáticos y espirituales.

Esta barbarie está también presente en el Budô actual. La practicidad exacerbada, la expansión ilimitada, el logro inmediato y efímero, el mercado, compra y venta, un consumo popularizado, la violencia como fórmula de propaganda o la hiper-organización, son algunas de las actitudes que limitan nuestro arte y lo acercan a la barbarie.

En efecto. Si el fin justifica los medios, si se posterga la palabra frente a la imagen, si se censuran las minorías en favor de las masas, si la rentabilidad es antes que el puro ocio, si la valía se mide en superficie, olvidando la hondura, entonces el Budô permanecerá en el terreno de la barbarie, un lugar dónde seguirán siendo posibles las divisiones, las luchas, las guerras.

Al igual que la civilización necesita de algo más que de la tecnología para evitar los conflictos armados, los *budokas* hemos de ir más allá de la técnica, de la practicidad, de los estilos, líneas, grupos, asociaciones y federaciones que dividen, seccionan y limitan. Tal vez priorizando el pacto, la no-violencia activa, la cooperación y el respeto al diferente pueda ser posible la victoria frente a la barbarie que también nos acecha.

Kenshinkan dôjô 2022